

Jorge Humberto Márquez Valderrama, *Ciudad, miasmas y microbios: La irrupción de la ciencia pasteriana en Antioquia*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia / Facultad de Ciencias Humanas y Económicas de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, Colección Clío, 2005, 288 p.

En todo comentario de una obra siempre se correrá el riesgo de omitir lo esencial, pero ¿qué es lo esencial de una obra? Digamos, pues, que toda selección de ideas es caprichosa la mayoría de las veces, que la generosidad de los libros consiste precisamente en soportar todo tipo de lectores, que el milagro de las palabras se esconde en los muchos sentidos que logran despertar en quienes se dan a la tarea de desentrañar la serie de símbolos que registran las páginas de un libro. Ya lo decía Borges citando a Berkeley: “el sabor de la manzana está en el contacto de la fruta con el paladar, no en la fruta misma”.

Para hablar de *Ciudad, miasmas y microbios: La irrupción de la ciencia pasteriana en Antioquia*, de Jorge Márquez Valderrama, podríamos

partir entonces de la hermosa fotografía del hospital San Vicente de Paúl de Medellín, tomada en 1944 por Francisco Mejía, que sirve como ilustración de la cubierta del libro. De entrada, la portada recuerda aquello que decía Baudelaire sobre las ventanas cerradas, y que análogamente podría servirnos para pensar en los libros que aún no han sido abiertos: “el que mira desde afuera a través de una ventana abierta no ve tanto como el que mira una ventana cerrada”. La fotografía de Francisco Mejía es una simple imagen de ropa lavada y puesta a secar en el tendedero, algunas sábanas inmóviles y desnudas como algo limpio y lleno de descanso, algunos alambres extendidos aguantando ciertos trapos emparamados que destilan lentas lágrimas curtidas. Una simple imagen que muestra el rostro del tiempo -ese

concepto, obsesión no exclusiva de los historiadores-, que parece visible de algún modo allí donde se detiene, en el recuerdo, en la memoria. Una simple imagen, “una inolvidable visión la de las blancas sábanas que envolvían los cuerpos lastimados en el hediondo aceite de los males”, diría Álvaro Mutis en su reseña de los hospitales de ultramar. De modo que todo libro es un tumulto silencioso que duerme y espera, una geografía por descubrir; *Ciudad, miasmas y microbios* no es la excepción.

Con prólogo de Libia J. Restrepo, dividido en seis capítulos y siete interesantes anexos, Jorge Márquez Valderrama presenta el estudio que le valió el título de historiador de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, en 1995.

Como anota el autor en la introducción de su obra, esta investigación permaneció durante largos meses en esa especie de osario de las tesis que conservan las facultades, sin perder su vigencia. Y tal vez por la escasa difusión que le produjo este hecho, algunos autores creían tratar por primera vez el asunto, pero los jurados que le asignaron un premio en el Primer concurso nacional de mejores trabajos de grado Otto de Greiff, en 1996, señalaron la novedad de las interrogaciones planteadas en el texto. El principal objetivo de esta investigación histórica es analizar la asimilación local de los descubrimientos pasterianos y de la primera microbiología. Para ello, el autor, a lo largo de los capítulos, muestra de qué manera las ciencias médicas de finales del

siglo XIX en Antioquia delimitaron e intervinieron ciertos dominios sociales y de la vida urbana, cómo se formaron dentro de ellas nuevos dominios de objetos y se elaboraron conceptos a partir de estos, en relación con las teorías prepasterianas sobre las causas de las enfermedades epidémicas y endémicas.

En el primer capítulo del libro el autor muestra cómo desde su nacimiento, el 7 de julio de 1887, la Academia de Medicina de Medellín fue constituida como una asociación de carácter oficial cuyo objetivo era esencialmente científico.

Expone así mismo, las relaciones entre el Estado y los médicos en las tres últimas décadas del siglo XIX en Colombia, que permitieron el nacimiento de una medicina estatal, de una medicina urbana y el despegue de los procedimientos de medicalización de la vida social, pública y privada, así como procesos de normalización médica de ciertos aspectos de la vida en la ciudad. Para Márquez Valderrama, el papel de la Sociedad Médica de Medellín, y de sus Anales, tiene que ver con la regularización de ese temido y al mismo tiempo anhelado crecimiento de población, riquezas y trabajos, que las clases dominantes veían como progreso.

Medicalización, control colectivo de la población, intervención autoritaria en la vida de cada individuo, en fin, queda claro a medida que avanza el capítulo, que en el siglo XIX toda ciudad capital debía tener un cuerpo médico estructurado científicamente y administrativamente,

pues más allá del afán por atenuar los graves problemas de insalubridad que aquejaban a todo el territorio de la nación en aquellos años, la organización del aparato sanitario en Colombia estaba ligada al cumplimiento de exigencias internacionales como requisito para la inserción del país en el mercado mundial. En ese contexto se crearon en 1886, mediante ley de la Nación, una Junta Central de Higiene en Bogotá y las juntas departamentales, que reemplazaran a las viejas juntas de sanidad, cuyo carácter desde mediados del siglo XVIII era meramente transitorio y estaba sujeto a medidas de urgencia cada vez que amenazaba alguna epidemia.

Las Juntas de Higiene debían tener entonces un carácter permanente y serían dirigidas desde la capital de la República. Dentro de sus obligaciones estaba el control de las epidemias, el manejo sanitario de instalaciones públicas como hospitales, asilos y escuelas, y la aplicación de los tratados internacionales para la cuarentena, con el fin de evitar la entrada al país de enfermedades nuevas y el consecuente aislamiento del comercio internacional.

En el segundo capítulo “Asimilaciones locales del problema de los microbios”, el autor expone las particularidades de la primera apropiación del pasterianismo por parte de los médicos, y los obstáculos epistemológicos de esos primeros encuentros con los descubrimientos pasterianos. Antes de analizar las funciones del cuerpo médico en el ámbito local, Márquez Valderrama se

detiene en el examen de los discursos médicos prepasterianos, sirviéndose de un texto que para él es representativo de un tipo de discurso médico higienista. Se trata de un artículo del médico Manuel Uribe Ángel, publicado con el título de “Revista de medicina”, en el *Boletín Oficial* del 24 de abril de 1868. Dicho artículo dará testimonio de la persistencia de una medicina y de una terapéutica basadas en la doctrina de los aires y los miasmas, a la cual podemos denominar siguiendo al autor, medicina de terreno, mecanicista por definición. En ella las causas de las enfermedades son agentes físicos inherentes a las regiones o dependen de alguna influencia especial atmosférica, ya sea permanente o pasajera; al ser causadas por agentes mecánicos o físicos exteriores se trata de enfermedades que atacan de múltiples maneras y siempre simultáneamente a muchas personas. Así, la terapéutica que propone Uribe Ángel, inspirada en esa teoría médica, tiene por objeto restaurar equilibrios entre calor y frío, humedad y sequedad; de ahí toda una gama de remedios tales como: tónicos difusivos, astringentes, purgantes, bebidas pectorales tibias, baños calientes, etc.

No será raro entonces, como indica el autor, encontrar en los discursos médicos colombianos del periodo anterior a 1880, fuertemente instaladas, explicaciones mecánicas sobre las causas de las enfermedades. Y se las encuentra aún en las últimas décadas del siglo XIX, en pleno auge de las teorías pasterianas.

La teoría de los miasmas perderá completamente su influencia en la literatura médica antioqueña en la tercera década del siglo XX, cuando se instauran la práctica de la medicina y la higiene de laboratorio de carácter estatal y privado. Para dar algunos ejemplos de estas resistencias contra las innovaciones y de las ideas antiguas camufladas o disfrazadas de novedad, el autor examina varios textos llenos de expresiones pertenecientes a la vieja teoría del aire y los miasmas o de la higiene clásica, usados más como argumentos retóricos que como resultados de investigación. Diversos textos publicados en los *Anales de la Academia de Medicina de Medellín*, “no constituyen un cuerpo homogéneo de discursos, sino el lugar de compilación y confrontación de unas prácticas discursivas que servían de fundamento a la constitución de una medicina como práctica autoritaria, moralizante y legitimadora de alguna biopolítica” (p. 40).

La introducción del pasterianismo en Antioquia, en la década de 1880, coincidió con el proyecto médico y oficial de la conformación de una medicina urbana en Medellín, en la que los dogmas pasterianos transformaron las concepciones tradicionales de higiene y salubridad.

El tercer capítulo titulado “La medicina Urbana en Medellín” trata de la asimilación de los dogmas pasterianos en los textos médicos antioqueños, la cual, según el mismo autor, estuvo marcada por la existencia de un proyecto de medicina social autoritaria. En esta

parte del libro Márquez Valderrama estudia el imaginario de los médicos de la época, su terror frente a los focos de infección evidente en diversos artículos que reflejan las condiciones de insalubridad de una ciudad en constante crecimiento, en la que se hacía necesaria una política médica y ambiental, y en la que el ordenamiento urbano se encontraba sólo en manos de médicos.

De las tres formas históricas que conforman la medicina social -medicina de estado, medicina urbana y medicina de la fuerza laboral-, descritas por Michel Foucault, una en particular reúne las características del campo de problemas en el cual se formó en Medellín una primera propuesta oficial de medicina social: la medicina urbana.

Este concepto de medicina urbana le servirá al autor para, apoyado en los trabajos de Foucault, mostrar las estrechas relaciones entre vida e historia, y la emergencia de una nueva forma de gobierno en las sociedades occidentales que Foucault denominó “biopolítica”. Para el historiador francés, expondrá Márquez Valderrama, la biopolítica como tecnología de gobierno descubre al mismo tiempo al individuo, al cuerpo adiestrable y a la población, esta última en tanto entidad biológica utilizable para la producción de riquezas, como bienes y nuevos individuos. Una política que se interesa por la salud, la higiene, la natalidad, la fecundidad, la morbilidad, la mortalidad y la raza, y actúa en cinco dominios concretos: movimientos demográficos, patología colectiva, salud y enfermedades ligadas al trabajo,

geografías médicas, higiene de la ciudad y racismo de Estado.

En esta parte de su obra el autor se pregunta además, sirviéndose de la historiografía contemporánea, por aquello que debemos entender por ciudad y nos explica, cómo ésta es principalmente el instrumento regulador del orden social, “fuera de ella está el caos, lo rústico, lo indómito, el mundo por colonizar o civilizar” (p. 78). La ciudad será así la imagen del poder ordenador, un asunto del Estado y del poder central oficial, lugar donde prospera lo privado y de donde surge la preocupación fundamental por la salud pública.

Medicina urbana, biopolítica y ciudad serán temas clave de este capítulo, en el cual pesa también el tema de la higiene como una de las preocupaciones más importantes que se plantean desde los primeros números de la revista *Anales*, y como uno de los campos de expresión de las concepciones científicas y médicas de los galenos locales. A lo anterior se suma el estudio detallado que Márquez Valderrama hace por separado de los diversos dominios de la medicina urbana de Medellín a finales del siglo XIX: aguas y albañales, cementerios, carnes y mataderos, epidemias, hospitales y cabañerías.

El vocablo microbio, el problema de las fermentaciones, la infección puerperal, la vulgarización de la obstetricia científica, las experiencias y teorías del envenenamiento, en fin, la di-

vulgación de las ideas científicas “modernas” en los *Anales de la Academia de Medicina*, son los temas fundamentales que el autor desarrolla a lo largo del capítulo cuarto de su libro. Esta parte del texto se ocupa del pasterianismo aceptado, en palabras de Márquez Valderrama, como “la verdadera medicina moderna” en las postrimerías del siglo XIX. Muestra cómo las dudas acerca del contagio microbiano desaparecen al final de la última década de ese siglo, al tiempo que hacen su entrada los métodos de identificación de microbios específicos y de atenuación de virus gracias a la labor del médico Juan B. Montoya y Flórez, discípulo destacado de Pasteur e importador de la bacteriología clínica, como práctica de laboratorio y como teoría para su enseñanza en la Universidad de Antioquia. Continúa el capítulo indicando cómo la aceptación de la explicación pasteriana sobre el origen de las enfermedades infecciosas, por parte de los médicos de Medellín, no fue unánime ni simultánea. Examina los matices de esta apropiación de una nueva teoría entre los prepasterianos antioqueños, quienes cedieron en el terreno de las publicaciones y, en la década de 1890, “casi todos se convirtieron al microbismo” (p. 133). Expone los acontecimientos principales de la historia de la microbiología y se sirve de ellos para explicar de qué manera ocurrió la asimilación por parte de los médicos antioqueños de los planteamientos de Pasteur sobre el papel de los microbios en el desarrollo de las enfermedades.

En el capítulo cinco titulado “La lepra: ¿contagio o herencia?”, el autor explica que más que dedicarse a una historia del conocimiento médico de la lepra en Colombia o en Antioquia, se interesa por la polémica sobre el contagio y la herencia de la enfermedad. Ese debate se dio entre los médicos de Bogotá y Medellín, y las teorías pasterianas con la relación microbio-enfermedad orientaron la discusión. Según Márquez Valderrama, ese debate constituirá luego un problema social, económico y administrativo, pues “admitir la tesis del contagio era admitir la necesidad de hacer proliferar los lazaretos en el país. Esto quería decir que los enfermos no serían una carga para sus respectivas familias sino para el Estado. Admitir lo contrario significaría aceptar que la lepra era sólo un problema de higiene privada y por ello no había al respecto responsabilidad económica estatal” (p. 163). Según la posición adoptada a favor o en contra del contagio, se estaría entonces a favor o en contra de perseguir, denunciar y aislar a los leprosos.

Uno de los objetivos de la higiene urbana estaba enfocado hacia el control de la circulación y estacionamiento de los animales dentro de la ciudad, así como al cuidado de las carnes para el consumo humano, los mataderos, las carnicerías y la “bromatología o higiene de las carnes”. En el capítulo seis Márquez Valderrama se ocupa de estos temas que nos llevan directamente a las exposiciones sobre los temores respecto a la circulación y al consumo

de animales enfermos de carbón, “pues la sola enfermedad puede transmitirse al hombre en forma de pústula maligna” (p. 119). En esas páginas examina el autor la importancia de la intervención médica en la circulación de los alimentos en la ciudad, tomando como caso específico el de la carne, por ser el más estudiado por la medicina urbana de finales del siglo diecinueve en Medellín, ya que para el cuerpo médico de ese periodo, anota el autor, el problema de los rebaños era un problema de higiene pública que interesaba a la ciudad y al campo, además (constatando la apreciación de la historiografía económica), la cría de ganado vacuno era un ramo nada despreciable de las actividades económicas de la burguesía de Medellín. De ahí que “la comercialización y la propagación no oficial de la vacuna contra el carbón fuera una actividad rentable, sobre la cual los médicos llamaron la atención del gobierno” (p. 187). El capítulo también muestra la ausencia de veterinarios profesionales en Colombia, que otorgó a los médicos la oportunidad de intervenir en ese campo y medicalizar la práctica del cultivo de bovinos, un asunto de interés para la salubridad pública y la economía pecuaria, pero también otro de los monopolios económicos de los médicos.

La parte final de *Ciudad, miasmas y microbios* la componen las conclusiones, los anexos, la bibliografía, el índice onomástico y el índice analítico. Dentro de las conclusiones cabe destacar que el autor logra dar una visión

general de la obra en la que aparecen las ideas fundamentales sobre las que está cimentada su investigación: medicina social y urbana, higiene de la ciudad, focos de infección, neohipocratismo, microbios, bacteriología, pasterianismo, poder médico y gobierno, dicotomía e imaginarios de lo limpio y lo sucio, biopolítica. Esos temas se actualizan en una síntesis que le da coherencia al conjunto al final del texto.

El estudio además se ve complementado con documentos de la época recogidos en los anexos. Con ellos se logra ubicar mejor al lector en el tiempo y el espacio donde se inscribe el objeto de estudio y ofrecen una visión de primera mano de siete escritos que hablan, entre otras cosas, de emanaciones miasmáticas levantadas de valles profundos, de trimestres fecundos en heridas producidas por cuchillos y navajas, de cuestionarios en los que se les pregunta a los médicos si en el lugar donde se encuentran son frecuentes las tempestades, de órdenes a los sepultureros para que ahonden más los hoyos para enterramientos, de actas que expresan los temores por la propa-

gación de la lepra, de calles, aguas estancadas y exhalaciones pútridas.

Ciudad, miasmas y microbios, sin duda alguna, representa un valioso aporte a la historia de las ciencias y de la medicina en Colombia. Contribuye generosamente al conjunto de artículos, monografías y libros de este campo especializado de las ciencias sociales; su sólida base documental y la lectura que hace de ella logran trasladarnos a una época, entre 1870 y 1900, en la cual la mirada médica, a través de sus discursos en documentos oficiales, prensa comercial y prensa científica, interrogó de forma inédita el presente de la vida citadina y el futuro de la ciudad. Ese encuentro con el siglo XIX nos lleva a plantearnos muchos interrogantes sobre Medellín y nos abre nuevas rutas en el análisis histórico y en la historiografía de nuestra ciudad.¹

Luis Fernando Castaño A.

Historiador

Universidad Nacional de Colombia,
Sede Medellín

¹ Entre los estudios recientes, confrontar los trabajos realizados por: *Patricia Londoño Vega, Religión, cultura y sociedad en Colombia, Medellín y Antioquia 1850-1930*, Bogotá, Fondo de Cultura económica, 2004; Jorge Mario Betancur, *Moscas de todos los colores. Historia del barrio Guayaquil de Medellín, 1894-1934*, Bogotá, Ministerio de Cultura, 2000; y Raúl Domínguez Rendón, *Vestido, ostentación y cuerpos en Medellín. 1900-1930*, Medellín, Fondo Editorial ITM, 2004.